

dáos de mí, compadecéos de mí, habéd misericordia de mí; no lo merezco, es verdad; pero supla, Señor, vuestra sangre lo que falte á mi disposicion; esa sangre amorosa es nuestro amparo; á ella pues nos acogemos, y por ella os pedimos perdon y misericordia. No es así, fieles míos? Ojalá que de dolor no me podáis responder. Buen ánimo, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso, no mas ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: Señor mio Jesucristo, etc.

HOMILÍA.

LA CONVERSION DEL PECADOR

NO DEPENDE DE SUS MÉRITOS,

SINO DE LA GRACIA DE DIOS.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva á un monte alto apartado, y se trasfiguró en su presencia.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

¡Cuán interesante y satisfactoria es para los cristianos la escena misteriosa que pone á su vista la Iglesia en este día! Oh! quién tuviera la dicha de saberla apreciar debidamente! ¡quién se hallara con fuerzas suficientes para subir á la elevada cumbre en que se representa! Pero es demasiada la debilidad y torpeza de nuestros piés para superar los obstáculos que se hallan al paso de este difícil ascenso. El espíritu de los Gerónimos, la sublimidad de los Agustinos... todo es poco. La agilidad é inteligencia de los ángeles era necesaria al efecto. Qué asombrosa maravilla! La gloria de un Dios-Hombre! ¡la infinita gloria de un Dios salvador, constituído cabeza de toda la especie humana! ¡la gloria inefable de un Dios, que se digna tomar sobre sí toda la miseria del hombre, para elevarle á la participacion de su misma gloria! Oh! si el príncipe de los apóstoles se dignara comunicarme un débil rayo de la luz y energía que produjo en su alma la vista de Jesucristo glorificado, ¡cuántos y cuán puros

afectos de júbilo, de devoción y de gratitud producirían mis palabras! Las nubes del error y de la ignorancia se disiparían enteramente, y puesta de manifiesto la verdad en todo su resplandor, exigiría de la razón más orgullosa el obsequio respetuoso de una fe humilde y confiada; el más tímido y cobarde se reanimaría, sentiría renacer en su pecho la esperanza más firme y consoladora; derretiríase en lágrimas copiosas de penitencia el corazón más empedernido; el pecador más tibio y helado se abrasaría en las llamas del amor divino; el hombre ingrato, considerándose como un miserable reptil en comparación de aquel Señor á quien debe su ser, prorumpiría en alabanzas y acciones de gracias en obsequio de su Hacedor: todos los afectos del hombre experimentarían una pronta y feliz transformación.

Sin embargo en nuestra mano está aprovecharnos de esta saludable lección que nos da la Iglesia, recordándonos la trasfiguración gloriosa de nuestro divino Salvador. Despojémonos un momento de la grosería de nuestras pasiones, y revestidos de un espíritu puro, humilde y recto, elevémonos al lugar que es el teatro de tan estupenda maravilla. Con este objeto nos la recuerda la Iglesia, y con el mismo voy á renovar yo su memoria, ofreciendo, cristianos, á vuestra consideración la sucinta historia que de ella nos hace el Evangelio. No puede quedar la menor duda en que el asunto es de los más sublimes é importantes. Pero careciendo yo de las luces necesarias para poder describirlo dignamente, y vosotros de la capacidad indispensable para comprenderlo, estamos en la obligación de recurrir al Espíritu de Dios, á fin de que nos dispense sus poderosos auxilios. Pidámosle con toda eficacia tan inestimable favor por la intercesión de su amada Esposa y nuestra madre. *Ave María.*

De nada servirían los deseos y esfuerzos del hombre miserable para dejar de serlo, si la misericordiosa providencia del Omnipotente no le inspirara, moviera y concediera sus auxilios para realizarlo. Nadie, absolutamente nadie puede acercarse, ni dar un solo paso hácia el puerto de la salud, si no le conduce la poderosa diestra del Altísimo. Aún digo muy poco: tan extremadamente debilitado quedó el hombre en la caída que dió desde el elevado estado de su inocencia, que por sí solo no

puede pedir ni aún desear que le levanten. Pero el amor y la misericordia del Señor, á pesar de los motivos que tiene para aborrecerle, le recuerdan que es obra de sus manos, y no le permiten abandonarle. Olvida sus extravíos, y atendiendo solo á su miseria, se condele y derrama sobre él las bendiciones de su misericordia. Conoce demasiado su debilidad é impotencia, y sin extrañar que no le llame, sin aguardar á que le pida, y ántes muchas veces de que él vuelva en sí para poder conocer su desgracia, alarga el Señor su mano amorosa y le saca del profundo abismo en que había sido sumergido: *Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem.* Ignorado era de los apóstoles el designio del Salvador; y aunque les había prometido que algunos gozarían la dicha de ver al Hijo del hombre sentado en el solio de su reino (1), ninguno llegó entonces á penetrar el verdadero sentido de esta promesa, ninguno tenía la menor idea, ni era capaz de pensar en tan sublime gloria; mas el Señor (qué generosa dignación!), el Señor por un puro efecto de su bondad los llama, los pone en movimiento, los toma por la mano, vence todas las dificultades, y los conduce sin el menor trabajo por su parte al monte, en cuya cumbre los coloca, para que puedan ver y participar los refulgentes brillos de su gloria.

Y habrá alguno que no admire tan inmensas bondades? ¿en quien esta generosa beneficencia no produzca una esperanza segura de participar un día eterno todo el lleno de su gloria? Sé muy bien que es demasiado elevada la cumbre del monte que la Providencia destinó para teatro de sus liberalidades. Conozco nuestra debilidad, y que abrumados con el enorme peso de nuestra corrupción, apenas podemos dar un paso por terreno llano y suave. Oigo al Profeta que, confundido al considerar la inmensidad de la gloria y la excesiva pequeñez del hombre, exclama (2): *¿quién, Señor, será el afortunado que llegue á la sublime altura y fije su residencia en el lugar destinado para morada de vuestra majestad?* y que deseando proporcionar el mérito con el galardón, parece exigir tantas y tan heroicas virtudes, tal inocencia en las obras, tanta pureza de costumbres y tan admirable rectitud de intención, cual solo podrán encontrarse en los celestiales espíritus. Todo es cierto; pero no lo es

(1) *Sunt quidam de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in regno suo.* Matth. c. 16 v. 28.

(2) *Psalm. 23. v. 3.*

ménos que Dios ha formado el cielo, no solo para estos, sino tambien para los hombres; y que los pecadores son el objeto de sus misericordias. Justo, saludable es que nos avergüence y confunda la memoria de nuestros pecados; mas no que nos conduzca á una furiosa desesperacion. Nadie desconfíe: el sacrilego, el blasfemo, el iracundo, el adúltero, el impío, todos los pecadores deben confiar, considerando la eleccion que el Señor hizo de sus discípulos, para concederles la gracia de ver su gloria en el Tabor. El primer elegido es un pecador varias veces reconvenido por este divino maestro, repelido con las expresiones sumamente severas, de que solo en otra ocasion se valió para repeler al espíritu maligno, *vade Satana*; un Pedro, cuya negacion acreditó despues la justicia de tales repreensiones. Sus dos compañeros fueron igualmente reprendidos por Jesucristo en otra ocasion (1) por su ambicion desmedida. Nadie, repito, desconfíe: Dios sabe, cuando es su beneplácito, ablandar los corazones mas endurecidos, valiéndose de la eficacia de su poder, convertir en vasos de eleccion á los enemigos mas encarnizados de su Iglesia, y trasformar en mansos corderitos los lobos que con tanta ferocidad destrozaban su rebaño. Su infinita misericordia no se desdena de conducir y sentar á su mesa, aunque tenga que echar mano de una especie de violencia, á los cojos y mancos, á los tullidos y ciegos, á los andrajosos y mendigos, para celebrar sus desposorios. Las Magdalenas, las Samaritanas, los Pedros, los Saulos... oh! ¡cuántos pecadores memorables por la enormidad de sus crímenes, deben á su generosa misericordia las delicias de la gloria que felizmente disfrutan!

¡Qué dulce consuelo para tantos miserables que gimen oprimidos bajo el peso de sus culpas! Quién á vista de esto podrá desconfiar de su salud? Qué es lo que puede desanimar al pecador? ¿Le deslumbra el resplandor de la gloria, el brillo de la majestad, el fulgente acero de la espada de un Dios ofendido? Ah! quien así piensa no tiene idea de la bondad y clemencia del Señor. Este, dice mi venerado maestro santo Tomas de Aquino, elige solo tres de sus discípulos para espectadores de su trasfiguracion, á fin de que sirviendo de guias al resto de los hombres, superen estos con mas facilidad el obstáculo que su

(1) *Marc. c. 10. v. 38.*

cobardía pudiera oponer á su salvacion. Todos, continúa este sabio angélico preceptor, todos estamos en obligacion de oír, obedecer, respetar y dejarnos conducir por los consejos é instrucciones de aquellos, que Dios ha constituido ministros suyos y dispensadores de sus gracias. Y ¿qué confianza tan consoladora no debe inspirarnos esta providencia? No quiere que oigamos de su misma boca las verdades de vida eterna, ni aún espera á que poseídos de un terror pánico semejante al de los hebreos, le pidamos que nos hable por medio de sus ministros, por evitar así que el terrible sonido de su voz acabe con nuestra existencia; elige espontáneamente tres entre sus apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, unos miserables como nosotros, pecadores y acaso mas criminales que nosotros, y que necesitan igual ó mayor indulgencia que la que se nos dispensa á nosotros. Estos son los encargados por el Salvador para dirigirnos por el áspero camino de la tierra á la mansion tranquila de la bienaventuranza. En vista de esto ¿seremos tan osados que despreciemos sus saludables consejos y nos opongamos á seguir su direccion? ó tan tímidos que nos acobarde su conducta y su presencia? Recelaremos poner en sus manos nuestra salud?

Ah! conoce, mortal bienaventurado, persuádate por último de la excesiva ternura con que Dios te ama; depón el miedo y la cobardía que te afectan en este momento, sál de ese cieno inmundo, en cuya hediondez estás como sepultado; sacrifica con resolucion tus perversas inclinaciones; sujeta con firmeza esas pasiones que te tienen en tan vergonzosa esclavitud y que tantos sacrificios han exigido y arrancado de ti; emprende con valor la marcha por esa senda estrecha, superando su escabrosidad, su aspereza, sus espinas, obstáculos que solo se oponen á quien no se atreve á arrostrarlos; sube presuroso á la cumbre de una vida espiritual y penitente; pon debajo de tus piés, pisa con orgulloso desprecio los seductores halagos que el mundo corrompido te ofrece; arroja para siempre de tu afecto las riquezas de la tierra, las vanidades del siglo, los placeres del sentido; elévate á ese monte apartado, y gozarás una satisfaccion infinitamente superior á los deseos de tu desmedido corazón, viendo á Jesucristo trasfigurado, como le vieron los apóstoles en el Tabor.

No es dado á los mortales formar la mas imperfecta idea de las inmensas delicias reservadas en el monte sublime de la glo-

ria para galardonar la virtud. Una puequeña vislumbre que resalta en el exterior del cuerpo de Jesucristo, de un cuerpo todavía pasible y mortal, destinado á sufrir los tormentos mas ignominiosos y la muerte mas infame; un rayo, un solo reflejo el mas débil de aquella gloria que se divisa por entre los celajes de la carne y del vestido, arrebató la admiración, suspende la acción de los sentidos, embriaga las potencias, trasforma prodigiosamente á todos los espectadores, y les hace persuadirse á que la tierra se ha trasladado al cielo. Nada hay aquí que cause espanto y terror como en el Sinaí; por el contrario todo atrae, todo causa un dulce embeleso, un encanto inexplicable, todo beatifica en este monte misterioso. Los Hijos del trueno desconocen los estímulos de la ambición, y sacrificarían con indecible gusto cuantos honores pudieran disfrutar en la tierra, por asegurar el ínfimo lugar en esta morada de la bienaventuranza. Pedro depone todos los temores y recelos, descuida hasta de su propia conservación, y enajenado exclama á nombre de los tres: *Domine, bonum est nos hic esse*: aquí, Señor, aquí estamos perfectamente: nada podemos temer, nada nos queda que desear; fijemos aquí nuestra residencia, pero fijémosla para siempre. Jamás, amado maestro, jamás nos separemos de este paraíso de delicias: fuera de él todo es dolor y miseria, y aquí todo es felicidad y gloria.

Gran Dios! si así colmó los deseos insaciables del hombre la vista sola de vuestro cuerpo glorioso, ¿cuál será la dicha de las almas que lleguen un día á disfrutar la vista clara de vuestra divina esencia? Pero, cristianos, si los apóstoles lo abandonan todo, todo sin excepción, por gozar el solo placer de recrearse en una tan pequeña parte de la gloria del Salvador, ¿rehusaremos nosotros sujetarnos á las mayores privaciones y á los mas costosos sacrificios, por conseguir la posesión íntegra é inalterable, no ya de una pequeña parte, sino de toda la gloria del mismo Dios? ¿No será suficiente la esperanza de tanto bien á reanimar nuestra tibieza?

Pero que! ¿será posible que el mortal llegue á disfrutar tanta dicha? ¿es real y efectivo, ó solo una ilusión el prodigio que hoy se nos descubre en el Tabor? ¿El deseo no me figura tal vez un espectáculo que solo existe en mi imaginación exaltada? No, cristianos: subid con la consideración al monte santo, y os convenceréis por experiencia de la verdad que os anuncio. Su-

bíd, y en el momento se desvanecerán todas vuestras dudas: allí palparéis los testimonios mas irrecusables. Veréis que vuestra gloria estaba expresamente anunciada una multitud de siglos ántes de que fuerais capaces de sentirla, aún ántes de vuestra existencia. Oiréis al sabio Legislador de los hebreos que, viendo cumplida exactamente la promesa que le hizo Dios en el Sinaí, publica y demuestra que su ley era una mera sombra de la que promulga hoy en el Tabor el Legislador de los cristianos; que su tan ponderada tierra de promisión era una imperfecta figura, un mero signo de la gloria que á los discípulos del Mesías se da hoy en parte y se promete en su totalidad para otro día mas feliz. Subid, y veréis rasgarse el velo que ocultaba el verdadero sentido de todas las profecías y ponerse en claro los misterios impenetrables de la ley. Veréis que desde el primero hasta el último de los patriarcas, desde el primero hasta el último de los profetas, todos, todos sin excepción inspirados del cielo anunciaron de acuerdo, que el Hijo de María era el Hijo verdadero, el unigénito del mismo Dios, el Mesías que viene á glorificar á los hijos de los hombres, y que su Religión es divina, sus promesas infalibles, sus palabras palabras de verdad eterna. Veréis que todos los prodigios, todas las figuras, todos los misterios, todas las profecías, todos los acontecimientos del pueblo escogido dan evidente testimonio de estas verdades, y nos enseñan que la gloria de Jesus Nazareno es la única que puede hacer felices para siempre á los hijos de Adán, uniéndolos y glorificándolos en él del mismo modo que él está unido, vive y es glorificado en su eterno Padre. Veréis...

Pero ¿se puede desear un testimonio mas auténtico y convincente? Pretenderemos que baje un ángel del cielo á asegurarnos esta verdad? Pues no solo un ángel, el autor de todos los ángeles, el criador de los cielos, el infinitamente sabio y veraz, el mismo Dios la atestigua de un modo expreso y terminante. El Verbo eterno hace que se descubra un rayo de su divinidad oculta bajo la especie humana, y su cuerpo se presenta á la vista de los mortales mas hermoso y resplandeciente que el sol, comunicando su claridad y resplandor aún á las vestiduras que le cubrían, para que por estas señales pueda ser reconocido el día grande en que resucite glorioso, y evidéntisimamente de-

mostrada la verdad de su resurreccion y de su divinidad. El eterno Padre descende del elevado solio de su majestad, rodeado de una nube, sin comparacion alguna mas resplandeciente que la que alumbró por la noche á los hebreos en el Desierto, y con una voz cuyo majestuoso y terrible sonido derribó en tierra á los apóstoles poseidos de un temor extraordinario, exclama: este es mi Hijo muy amado, á quien debéis oír y obedecer; este es el prometido por espacio de tantos siglos para hollar la cabeza de la astuta serpiente, que sumió á la naturaleza en un mar inmenso de vicios y miserias; este es el Hijo, á quien estaba reservado derramar sobre todas las tribus del universo las innumerables bendiciones y gracias, que yo habia resuelto concederles desde la eternidad; este es el Hijo, predestinado para fundar sobre los imperios terrenos un reino celestial é indestructible; este es el Hijo, cuya sangre ha de rubricar el tratado de una paz inalterable y eterna entre mi infinita majestad ofendida y los hombres pecadores; este es el Hijo, nacido ántes de la creacion del universo, ántes que hubiera tiempo, en la misma eternidad, para maestro, legislador, hostia, sacerdote, redentor, salvador y juez de toda la descendencia de Adán, esclava del pecado de su primer padre; este es el Hijo de Dios, cuya sabiduría, bondad, poder y justicia son la misma sabiduría, bondad, poder y justicia de su eterno Padre; este es... mas ¿qué se puede añadir despues de haber dicho que es el Unigénito de Dios? *Ipsam audite*, os diré solamente, valiéndome de la expresion misma del Omnipotente.

Con efecto, despues de haber patentizado su divinidad nos manda á todos y cada uno oír sus palabras celestiales, obedecer sus sacrosantos preceptos, seguir sus máximas encantadoras, profesar su Religion divina. Oídle, deístas inconsecuentes, y llegaréis á convenceros de que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; sabréis que el principal obsequio que exige del hombre es el de la fe, de una fe razonable, pero no clara, porque en el mero hecho dejaria de serlo. Escuchádle, reformadores orgullosos, y os persuadiréis á que deben ser reputados como gentiles y publicanos todos aquellos, que niegan pertinaces su obediencia á la Iglesia católica, que es la columna indestructible de la verdad, y fuera de la cual no hay camino alguno de salvacion. Escuchádle, aprendices de filósofos, los que

careciendo de la desfachatez necesaria para atacar de frente á la Religion y á sus dogmas, declamáis tan agría y descomedidamente contra sus ministros; escuchádle y sabréis, que quien oye á estos, oye á Jesucristo, y quien los desprecia, desprecia á Jesucristo y se niega á reconocer al eterno Padre que le ha enviado. Escuchádle, amadores del mundo, idólatras de sus glorias, de su lujo profano, de sus seductoras máximas, de sus corrompidas costumbres, y conoceréis que para ser discípulos del Hombre-Dios, es indispensablemente necesario abatirse, humillarse, hacerse semejantes á los inocentes parvulillos, y renunciar de corazon á todas las vanidades y pompas mundanas. Escuchádle, viles esclavos de la codicia, y se abrirán vuestros ojos para medir la elevacion del monte de la gloria, cuyo ascenso se hace imposible á los que se hallan dominados de tan vil pasion; escuchádle, y os llegaréis á persuadir de que para esto es necesario desprenderse con generosidad en favor del indigente de todo lo superfluo, y aún de todo cuanto se posee sobre la tierra. Escuchádle, miserables enemigos de la penitencia, y os desengañaréis de que para subir con el Salvador á los cielos, es preciso negarse á sí mismos, cargar sobre los hombros la cruz que nos envíe, y llevarla siempre con resignacion y alegría, sin quejarnos nunca, por mas pesada que nos parezca. Escuchádle, aduladores impíos de los descendientes de Adán, y os avergonzaréis de enseñarles, que su naturaleza nada ha perdido de su primitivo vigor por la culpa, que tiene en sí misma cuanto es necesario para levantarse, siempre que tenga la desgracia de caer; que no necesita por tanto los auxilios del Omnipotente para restituirse á su obediencia y amor. Oigámosle todos, y veremos que colocado en lo mas alto de los cielos y manifestándonos por su Evangelio la gloria que nos tiene preparada, nos dice con el acento de un padre amoroso y compasivo: venid á mí todos, venid sin temor ni desconfianza, que en mí hallaréis el alivio de vuestros trabajos, el remedio de vuestras necesidades, la satisfaccion de vuestros razonables deseos: venid y gozaréis eternamente la inmensa gloria que yo disfruto.

Oigámosle, hermanos míos; y arrojando de nuestro corazon los errores que abraja acerca de los medios que han de conducirnos al monte de la gloria, depuesto el criminal orgullo que

nos hace presumir de nuestras propias fuerzas mas de lo que son en realidad, el Señor movido de su bondad, nos dispensará sus poderosos auxilios, infundirá en nuestras almas una gracia eficaz, nos llamará como á los apóstoles predilectos; y obedeciendo nosotros su voz amorosa, llegaremos un día al verdadero Tabor, al monte de los cielos, á la cumbre de la felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA FELICIDAD VERDADERA

SOLO PUEDE CONSEGUIRSE EN EL CIELO.

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto, y se trasfiguró delante de ellos.

S. Mateo, c. 17. v. 1 y 2.

El mundo, con objeto de llamar la atención de los hombres hácia el teatro, en donde se vale de los espectáculos profanos para infundirles sus máximas, ha creído sin duda hacerlo mas apreciable, condecorándolo con el glorioso título de *escuela práctica de las costumbres*. Tal vez hablaría con mas propiedad, si lo llamara escuela práctica del desorden, de la disolución y del vicio, cuyo nombre le aplican todos ó la mayor parte de aquellos talentos extraordinarios que el Espíritu santo se ha dignado colocar en su Iglesia por directores y maestros. No es mi objeto resolver esta cuestión, mayormente careciendo de los conocimientos experimentales necesarios al efecto. Quiero suponer que, mediando una prudente y acertada elección, pueda mirarse como una recreación inocente, y que no ocasione otro perjuicio que la pérdida del tiempo, que seguramente es muy precioso. Mas ¿qué comparación cabe entre los resultados que deben esperarse de los espectáculos profanos, y el imponderable beneficio que nos proporcionan las sagradas escenas que